

Recibido: 28/11/2016
Aceptado: 10/2/2017

“Esa muchacho”

Alejandra Tortorelli

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Anatómicamente y biológicamente, la sexualidad ha sido considerada un hecho empírico. Sin embargo, la sexualidad ha ido más lejos convirtiéndose en un criterio para la subjetividad en general. Dicho más radicalmente, la subjetividad ha sido definida en términos de sexualidad. Cada sujeto es lo que en la medida en que se define en tanto hombre o mujer. En este sentido, la sexualidad, o dicho más propiamente, el dispositivo de sexualidad, como Michel Foucault lo llama, excede la anatomía y la biología para conquistar el todo de la existencia.

Cuando la noción de género emergió, no sólo liberó a la sexualidad de la anatomía sino que, a la vez, liberó a la subjetividad de la sexualidad. La sexualidad se convirtió así en una construcción social y en una elección dando lugar a una pluralidad de géneros.

Lo que el presente artículo busca exponer, sin embargo, es que el género aún cuando definitivamente liberó a la subjetividad de la tiranía de la anatomía, no liberó a la subjetividad de la autodeterminación: uno ya no se define en términos de sexualidad; ahora, se define en términos de género.

ABSTRACT

Anatomically and biologically, sexuality has been considered an empirical fact. However, sexuality has gone beyond itself and has become a criterion for subjectivity itself. To put it more radically, subjectivity has been defined in terms of sexuality. Every subject is what it is as long as it defines itself as male or female. In this sense, sexuality, or more properly speaking, the dispositive of sexuality, as Michel Foucault calls, exceeds anatomy and biology to conquer the whole existence.

When the notion of gender emerged is not only free sexuality from anatomy but, at the same time, it free subjectivity from sexuality itself. Sexuality became a social construction and a choice giving way to a plurality of genders.

What the present article seeks to expose, however, is that gender, even though it definitely free subjectivity from the tyranny of anatomy, it did not free subjectivity from self-determination: one no longer defines itself in terms of sexuality, now it defines itself in terms of gender.

One may definitely admit that gender has opened existence to a variety of possibilities. However, when existence is

Uno puede admitir que el género ha abierto la existencia a una variedad de posibilidades. Sin embargo, cuando la existencia es concebida como “singularidad”, ningún término puede ser admitido. La singularidad es una diferencia sin concepto. La singularidad en tanto ex-sistencia es ser arrojado a lo abierto. La singularidad resiste el conocimiento y la autodeterminación como la tiranía de la transparencia de un sujeto consciente de sí. Es en este sentido que es necesario, por no decir urgente, mantener el vínculo entre libertad, singularidad y psicoanálisis; donde psicoanálisis implica una “experiencia de desconocimiento”.

conceived as “singularity” no term can be admitted. Singularity is a difference with no concept. Singularity as ex-sistence is to be thrown into the open. Thus, singularity resists knowledge and self-determination as the tyranny of transparency for a subject conscious of itself. It is in this sense that it is necessary, not to say urgent, to keep the bond between liberty, singularity and psychoanalysis; where psychoanalysis stands for the “experience of the unknowing”.

DESCRIPTORES: GÉNERO – DIFERENCIACIÓN – SEXUALIDAD –
SUBJETIVIDAD – ROSTRO.

KEYWORDS: GENDER – DIFFERENTIATION – SEXUALITY – SUBJECTIVITY – FACE.

“Esa muchacho”

Analizándome esta tarde, descubro que mi sistema de estilo se asienta en dos principios, e inmediatamente, y con la buena manera de los buenos clásicos, erijo estos dos principios en fundamentos generales de todo estilo: decir lo que se siente exactamente como se siente –claramente, si es claro; oscuramente, si es oscuro; confusamente, si es confuso; comprender que la gramática es un instrumento, no una ley.

Supongamos que veo ante nosotros una muchacha de modales masculinos. Un ente humano vulgar dirá de ella: “esa muchacha parece un muchacho”. Otro igualmente consciente de los deberes de la expresión, pero más animado por el afecto a lo conciso, que es la lujuria del pensamiento, dirá de ella: “Ese muchacho”. Yo diré “Esa muchacho”, violando la más elemental de las reglas gramaticales, que manda que haya concordancia de género, como de número, entre la voz sustantiva y la adjetiva. Yo habré dicho bien: habré hablado en términos absolutos, fotográficamente, fuera de la vulgaridad, de la norma, de la cotidianidad. No habré hablado, habré dicho. [...]. Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente.

Fernando Pessoa, *Libro del Desasosiego*, p. 42

Pessoa escribe: “*Esa muchacho*”. Su escritura resiste la gramática y da a pensar.

*

En la Introducción de *La sexualidad femenina*, Emilce Dio Bleichmar (1998) escribe:

[...] distintos autores ponen de relieve diferencias entre el varón y la niña, diferencias que tienden a interpretar como consecuencias de su anatomía y fisiología diferente, recayéndose entonces en un empirismo biologizante. Lo que no quiere decir que pensemos que no existan, efectivamente, diferencias de mayor o menor importancia en sus órganos y funciones, pero lo que merece ser cuestionado es que las diferencias anatómicas y las consecuencias psíquicas de la teoría infantil sean *el eje exclusivo* que constituyan al hombre y a la mujer como sujetos sexuados. [...] [Tales] son referencias insuficientes si no se considera que **la sexualidad humana y la diferencia sexual se instituyen por efecto del poder estructurante de las múltiples instituciones de lo simbólico**. En este sentido, [–afirma la autora–] *la sexualidad humana es cultural: se trata de un sistema múltiplemente determinado y normativizado que denominamos sistema sexo-género, fórmula que encierra un giro copernicano para la teoría psicoanalítica, pues pone de relieve que es el género el que configura y normativiza a la sexualidad*. (p. 25; la negrita es mía).

Se libera a la subjetividad del destino biologizante de la anatomía apelando a una nueva dimensión: la del género. Se pasa así de la sexualidad anatómica al sistema sexo-género. En el sistema sexo-género, el par macho/hembra de la anatomía biologizante y el par femenino/masculino del género anudan, a su vez, otras posibles combinatorias –macho biológico, género masculino; macho biológico, género femenino; hembra biológica, género femenino; hembra biológica, género masculino, etcétera. Las combinatorias, sin embargo, no bastan. Se hace necesario incorporar aún la orientación del deseo para singularizar la producción de subjetividad: Un ejemplo de Bleichmar: “[...]. Un macho, de género femenino, puede optar por el transexualismo para cambiar su anatomía a la de mujer. [o bien], [...]. Una hembra de género femenino, puede ser tanto homo como heterosexual en la orientación de su deseo”. (Dio Bleichmar, 1998, p. 87)

Del sexo al género, de éste a la combinatoria de los dos y al deseo se inscribe un nuevo comienzo queriendo dar cuenta de la singularidad. En búsqueda de un principio de diferenciación suficiente se bifurcan bifurcaciones, de dos en dos, de dos en tres... ¿En clave de qué se inscribe la singularidad? ¿Se inscribe?

En la misma introducción citada, Bleichmar anuncia:

[...] en el dominio de la propia subjetividad (*la de la niña*) la captura, de lo preexistente, de lo instituido, puede encontrar algún **margen de libertad**, de transformación, y es de este margen de lo que el psicoanálisis se ocupa. La metáfora de la metábola que Laplanche propone como procesamiento subjetivo individual de lo implantado en la mente por los otros da cuenta de la **especificidad del sujeto singular**. Y es esta **singularidad**, precisamente el objetivo tanto de estudio como de transformación, lo que define al psicoanálisis. (Dio Bleichmar, 1998, p. 25; la negrita es mía).

Bien, se ha liberado a la sexualidad de la anatomía como destino. Mas, ¿se libera a la subjetividad de la tiranía de la sexualidad a través del género o se redobla la apuesta?

Hace falta preguntarlo: ¿hasta qué punto el género no reinscribe y multiplica aquello mismo que pretendía limitar? El “margen de libertad” y la “singularidad” que aquí se mencionan ¿no quedan acaso, una vez más, capturados en y por significaciones que conminan a la subjetividad a auto-identificarse, a volverse inteligible, a definirse, a asumirse, a reconocerse según identidades trazadas según la dimensión del género?

El concepto de género nos liberó de la tiranía de la anatomía como dimensión constitutiva de lo que somos para arrojarnos a la tiranía de una sexualidad reforzada. La noción de género, con toda su nueva enunciabilidad y visibilidad, no resiste al dispositivo de sexualidad; más bien, logra expandirlo.

En efecto, es por el sexo, punto imaginario fijado por el dispositivo de sexualidad, por lo que cada cual debe pasar para acceder a su propia inteligibilidad (puesto que es a la vez el elemento encubierto y el principio productor de sentido), a la totalidad de su cuerpo (puesto que es una parte real y amenazada de ese cuerpo y constituye simbólicamente el todo), a su identidad (puesto que une a la fuerza de una pulsión a la singularidad de una historia). (Foucault, 1984, p. 189)

Ya no estamos destinados a la anatomía. El género nos ha liberado. Ahora estamos conminados a la sexualidad expandida. El género le sirve de coartada al dispositivo de sexualidad para seguir operando en la dimensión constitutiva de lo que somos. El género es la expansión y la especificidad, cada vez más sutil, de la sexualidad misma como estatuto de la subjetividad. El género perpetúa.

Determinada pendiente nos ha conducido, en unos siglos, a formular al sexo la pregunta acerca de lo que somos. Y no tanto al sexo-naturaleza (elemento del sistema de lo viviente, objeto para una biología) sino al sexo-historia, o sexo-significación: al sexo-discurso. (Foucault, 1984, p. 96).

No hay salida. Ahora la identidad es de género.

Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello reside nuestra “liberación”. (Foucault, 1984, p.194)

*

Entre texto, como una escritura entre líneas, es preciso afirmar: allí donde la identidad es de género, la violencia es de género.

*

Hablemos de singularidad, entonces...

Es imposible aceptar la identidad de género sin más. El género pone en juego, una vez más, el estatuto de la identidad y del sujeto.

¿Qué sos?

Soy hombre, soy mujer, soy travesti, soy transexual, soy homosexual, soy lesbiana, soy *queer*, soy negro, soy blanco, soy mestizo, soy oriental, soy árabe, soy hispano, soy... ¿Qué nos diferencia? Disculpando la redundancia de la pregunta: ¿Qué principio de diferenciación será lo suficientemente diferenciante como para diferenciarnos? ¿El sexo? ¿El género? ¿El sistema sexo-género? ¿La etnia?

Identidades, nomenclaturas, aparatos de captura, segmentos duros, rostridad: ¿Qué sos?

Las máquinas binarias –dice Gilles Deleuze (1980)– son aparatos de poder para interrumpir los devenires: ¿qué eres hombre o mujer, blanco o negro, pensador o vividor, burgués o proletario? [...] El lenguaje está profundamente trabajado por los dualismos, las dicotomías, las divisiones por 2, los cálculos binarios: masculino-femenino, singular-plural, sintagma nominal-sintagma verbal. [...] Lo primero es el lenguaje, él es el que ha inventado el dualismo. Pero el culto del lenguaje, la institucionalización del lenguaje, la lingüística es peor aún que la vieja ontología de la que ha tomado el relevo. Debemos pasar por los dualismos porque están en el lenguaje y es imposible evitarlos, pero hay que luchar contra el lenguaje, inventar el tartamudeo, y no para volver a una pseudo-realidad prelingüística, sino para trazar una línea vocal o escrita que hará correr al lenguaje entre esos dualismos [...]. (p. 40)

La tarea no es sencilla. La cuadrícula se despliega por doquier. Una vez establecidos los dualismos, se procederá a identificar el término que escapa por el medio para proceder a su captura. No hay salida.

Ningún dualismo es inocente. La máquina trabaja sin cesar y es una máquina de rostridad, como denomina Gilles Deleuze a esa máquina de significancia y subjetivación que hace posible discernir significantes a la vez que efectúa opciones subjetivas. Toda subjetividad es tal en la medida en que se anuda a un significante. La máquina de rostridad pregunta ¿qué sos? “Hasta los márgenes de desviación serán calculados según el procedimiento de elección binaria: no eres ni blanco, ni negro, ¿serás mestizo?; no eres ni hombre ni mujer, ¿serás travesti?” (Deleuze, G. 1980, p. 27)

Luchar contra el lenguaje, romper la gramática, destituir el sustantivo. No dejarse capturar. Si el rostro es una política, deshacer el rostro también lo es. “[...] si el hombre tiene un destino, ese sería el de escapar al rostro, deshacer el rostro y las rostrificaciones, devenir imperceptible, devenir clandestino”. (Deleuze, Guattari, 1988, p. 176)

Hablemos de singularidad, entonces...

El género no da cuenta de la singularidad. Más bien comienza por domesticarla, por asignarle la posibilidad misma de asignación. El género no nos libra de la clasificación, de la nomenclatura, de la segmentariedad. El género le presta un nuevo rostro a la identidad. En pocas palabras, del género se puede decir lo mismo que se afirma del sexo. Es por el género que accedemos a nuestra inteligibilidad, a la totalidad de nuestro cuerpo y a nuestra propia identidad. Por el género pasa ahora la verdad y la soberanía de lo que somos. Ya no comparecemos ante la anatomía, ahora comparecemos ante la identidad de género. Y estamos conminados a aparecer, a manifestarnos, a “salir del closet”, a confesarnos. En definitiva, cada uno está conminado a comparecer ante uno mismo como si la relación de uno consigo mismo (si es que algo así existe) fuese una relación de conocimiento, de develamiento, de transparencia, de apropiación. El género no solo mantiene así la concepción de la subjetividad determinada por la sexualidad sino que deja intacta a su vez la concepción misma de una subjetividad concebida como asunción de un sí mismo presente a sí, apropiable por sí mismo y enunciable en términos de “soy esto o soy aquello”, como si el ser, el existir consistiese en ser un sujeto capaz de hacerse presente a sí, capaz de apropiarse en términos de un “esto” o de un “aquello”. En pocas palabras, como si la singularidad fuese determinable. Invocar a la singularidad desde la dimensión del género es, una vez más, apropiársela pretendiendo liberarla.

Hablemos de singularidad, entonces...

La singularidad nos pone al filo del lenguaje. La singularidad no admite la pregunta por el qué. ¿Qué sos? No se arriba a la singularidad nominándola, prestándole un significante, haciéndole un rostro. La singularidad le pone tope a la significación. Hablar de singularidad es silenciarse, es romper el lenguaje, es devenir imperceptible. La diferencia conceptual e identitaria despliega su abanico de posibilidades: gay, hetero, homo, queer, lesbiana, trans, travesti... Pero la singularidad no pertenece ni a la generalidad del concepto ni al orden de las semejanzas. La singularidad es, habrá que decirlo, una diferencia sin concepto.¹ No es sencillo comprender lo que tal enunciación afirma. Nuestro sentido tradicional de diferencia nos conduce rápidamente a la diferencia conceptual, a la diferencia diferenciada –hombre, mujer, macho, hembra, para el caso– concebida desde la identidad. De lo que se trata aquí, y que fuerza a pensar, es de una diferencia diferenciante, de una diferencia que, al decir de Derrida (2005),

[...] permite pensar el proceso de diferenciación más allá de toda especie de límites: ya se trate de límites culturales, nacionales, lingüísticos, o incluso humanos. [...]. *Tal diferencia, así concebida*, [...] no es una oposición, ni siquiera una oposición dialéctica, es una reafirmación de lo mismo, una economía de lo mismo en su relación con lo otro, sin que sea necesario, para que exista, cuajarla o fijarla en una distinción o un sistema de oposiciones duales. (p. 30; la cursiva es mía)

Quizá podría decirse que la singularidad es el nombre que se le presta a la expresión de la diferencia en tanto diferencia. Singular es el nombre de la diferencia.

La singularidad no se pliega en la identidad de un sí mismo sino que se abre o, mejor aún, está originariamente abierta a la potencia de lo otro, de lo abierto, de lo por venir: en pocas palabras, de la existencia. En este sentido ninguna singularidad “es”, si por ser se ha de comprender una forma determinada, una predicación posible, un “esto” o un “aquello”.

[...] el singular es singular no en virtud de un ser-singular, de un ser o de una esencia de la singularidad que estaría fuera de él sino que el singular es singular en tanto que se singulariza gracias a nada distinto de él mismo [...]. (Nancy, 2014, p. 63).

¹ Para la singularidad concebida como diferencia sin concepto y la repetición como repetición de diferencia en contraste con la generalidad del concepto y el orden de las semejanzas cf. Gilles Deleuze (1988), *Diferencia y Repetición*. Introducción.

Lo que Jean Luc Nancy precisa es que lo que singulariza no puede ser otra cosa que la singularidad misma. Lo que singulariza, en este caso, no puede ser el género pues el género no es singular. El género es una diferencia conceptual y no una diferencia sin concepto. El género nos agrupa por semejanzas, no nos singulariza por diferencias. Dicho de un modo radical, lo singular no admite predicación alguna al modo de “blanco”, “hetero”, “gay”, etcétera.

[...] un existente singular expuesto al mundo, no “es” nada que pueda tratarse como el sujeto de atribuciones posibles (X es grande, moreno, erudito, orgulloso...) sino que “es” solamente en el movimiento que lo expone al mundo, es decir, a las posibilidades de sentido. [...] Dicho de otro modo, lo que adviene es que el existente se deshace de toda pertenencia, asignación y propiedad para enviarse, dirigirse, dedicarse a... nada distinto del hecho mismo de existir, de estar expuesto a encuentros, a sacudidas, a encadenamientos de sentido” (Nancy, 2014, p. 9)

Cuando el género pretende dar cuenta de la singularidad, en realidad la anula.

Lo singular sólo se predica de lo singular. La singularidad carece de nombre, de palabra, de sustantivo, de nominación. La singularidad es el punto donde la nominación, el “esto”, el “aquello”, se suspende. Tal es la razón por la cual el género no puede dar cuenta de la singularidad como diferencia sin concepto o como multiplicidad heterogénea o como singular plural. Sea la que fuere la expresión que se prefiera, todas ellas señalan hacia lo mismo: la diferencia diferenciante no puede ella misma ser diferenciada según categorizaciones determinadas. Tal es la respuesta ensayada a la pregunta: ¿qué principio de diferenciación será lo suficientemente diferenciante como para diferenciarnos?

*

Así como la singularidad es diferencia sin concepto que no puede ser especificada por ningún género a modo de diferencia conceptual –homo, hetero, lesbiana, queer, etc.– así, del mismo modo, la diferencia sexual no debería ella misma admitir la especificidad binaria de femenino-masculino. La diferencia sexual, librada de la dicotomía anatómica macho-hembra, es capturada por la misma matriz binaria biologizante traducida ahora en términos de género femenino-masculino. La intención del género de librarnos de la anatomía, sin embargo, no es capaz de sortear su binarismo fundante.

Habrà que ir más lejos y desplazar el acento. Me refiero al gesto realizado por Jean Luc Nancy en su ensayo, inquietante por cierto, *El “hay” de la relación*

sexual.² Para decirlo de un solo trazo: no es la diferencia la que es sexual, es lo sexual lo que es diferencia. La inversión no es menor y abre la dimensión no sólo de una diferencia sustraída a cualquier representación conceptual sino, más radicalmente, la dimensión de una sexualidad sustraída de lo binario. Es decir, abre la dimensión de una pluri sexualidad de base, por decirlo de algún modo, y no de una pluri sexualidad “desviada” respecto del binarismo originario: masculino-femenino. Se recordará que la novedad sugerida por el sistema sexo-género nos libraba de la tiranía biologizante: macho-hembra, para abrirnos a las combinatorias de género: macho-hembra-femenino-masculino.

Escribe Nancy:

Lo sexual no es un predicado, puesto que él no es, lo mismo que ocurre con la relación, ni una sustancia, ni una cosa. Lo sexual es su propia diferencia, o su propia distinción. Distinguirse en tanto que sexo o en tanto que sexuado es, precisamente, lo que constituye el sexo o la sexualización, es asimismo lo que hace posible la relación sexual y es por último lo que no da a lugar a su propia *entelequia* pues nadie es hombre o mujer sin resto, así como tampoco nadie es homo o heterosexual sin resto (por emplear estas categorías, y como si lo sexual no fuese precisamente en todas sus figuras, la acción recíproca de lo homo y de lo hetero, su partición y su enredo). (Nancy, 2001, p. 32)

Afirmar que el sexo es diferenciación no es lo mismo que afirmar que la diferencia es sexual. Cuando se habla de diferencia “sexual”, lo sexual se predica de la diferencia. De este modo, no sólo la diferencia queda inmediatamente capturada entre dos términos –masculino y femenino– sino la sexualidad misma. La explicación es engorrosa pero es necesaria. Si sexual es un predicado, en este caso de la diferencia, lo sexual queda por fuera de la diferencia, lo sexual se supone o se postula como algo ya diferenciado y no como lo diferenciante. Dicho de otro modo, lo sexual se supone ya diferenciado según una determinación biológica o de género. En ambos casos, funciona igual, una sujeta a la determinación orgánica, otra librada a la construcción cultural (diferencia, por cierto, entre naturaleza y cultura que habría que problematizar) mas siempre sometidas a categorizaciones definidas, determinadas, asumidas. Señalar que lo sexual

² Jean Luc Nancy, *El “hay” de la relación sexual*, Madrid, Síntesis, 2001. La primera versión de este texto fue una conferencia por invitación de la *École lacanienne de psychanalyse*, con motivo del 100 aniversario del nacimiento de Lacan, el 6 de mayo del 2001, bajo la presidencia de Guy Le Gauffey y de George Henri Mélenotte. El tema del encuentro era “No hay relación sexual”.

o la sexuación no son un predicado de la diferencia sino la propia diferenciación es destituir radicalmente y enérgicamente toda atribución posible, toda nominación posible y toda apropiación. “No sólo el sexo es su propia diferencia, sino que es el proceso propiamente infinito, cada vez, de su propia diferenciación [...]” (Nancy, 2001, pp. 32-3). Según Nancy la sexuación se singulariza gracias a nada distinto de ella misma. Las consecuencias son infinitas.

No hace falta apelar a lo queer o al travestismo para no saber cómo definirlos. Si se nos preguntara ¿qué es ser mujer? o ¿qué es ser hombre?, la misma perplejidad acudiría a la boca inmediatamente. Afirmar que nadie es hombre o mujer sin resto, es afirmar que nadie es alguien sin resto, siendo este resto aquello que justamente no permite la clausura de una determinación cualquiera.

Una vez más se trata de singularidad...

La diferencia sin concepto, la diferencia diferenciante, el diferir interroga a la identidad identitaria, sea ésta la identidad de una etnia o de un género. La diferencia, el devenir hace vascular nuestras categorías molares –blanco, negro, gay, queer, hetero, –nuestras máquinas de rostridad y nuestro imperativo de *quididad*: es decir, de un “que” que nos defina.

La identidad de género, con todo lo que ha conquistado, está, sin embargo, en vías de constituirse, si es que no lo ha logrado ya, en una suerte de nuevo racismo.

Por supuesto, es indispensable que las mujeres hagan una política molar en función de una conquista que realizan de su propio organismo, de su propia historia, de su propia subjetividad: “nosotras en tanto que mujeres...” aparece entonces como sujeto de enunciación. Pero es peligroso adaptarse a un sujeto de este tipo que no funciona sin agotar una fuente o frenar un flujo. (Deleuze, Guattari, 1988, p. 277)

La identidad de género no singulariza, generaliza a la vez que promueve comunidades de semejantes, pertenencia de iguales. La identidad de género reproduce así las operaciones de exclusión, victimización y estigmatización propias de la identidad, de la identificación identitaria al modo de ser “esto” o “aquello”. De hecho, asistimos en estos días y de manera reiterada a una violencia de género viralizada, multiplicada y mediatizada que, una vez más, estigmatiza al hombre a la vez que victimiza a la mujer. Lugares asignados y reproducción de los mismos. La situación se ha extremado de tal modo que lo que se enuncia en términos de “violencia de género” condensa su referencia a un sólo género: el de la mujer, excluyendo de este modo cualquier alteridad, cualquier otredad como si, acaso, una mujer constituida en sí misma, enteramente, como tal, fuese posible.

Lo que nosotros llamamos entidad molar es, por ejemplo, la mujer en tanto que está atrapada en una máquina dual que la opone al hombre, en tanto que está determinada por su forma, provista de órganos y de funciones, asignada como sujeto. (Deleuze, Guattari, 1988, p.277)

Ser mujer, ser hombre, ser travesti, ser homosexual... es ser asignado como sujeto. Esta asignación y esta apropiación de un sí mismo como tal no es sin violencia. La violencia de género es violencia del género. El género ejerce violencia. Y no es que se trate aquí de negar la existencia de los múltiples casos que se reportan a diario. O de ignorar políticamente reivindicaciones necesarias. De lo que se trata, en todo caso, es de no reproducir aquello mismo que promueve y alimenta la violencia de género. De lo que se trata, en todo caso, es de poner en evidencia el culto de la identidad y de lo comunitario homogéneo como políticas que instauran y reproducen violencia pretendiendo combatirla.

*

La singularidad nos retira del orden del conocimiento y del conocimiento de sí para arrojarnos a la ex-sistencia como lo abierto sin más. Existir no debe confundirse con saber. Ni siquiera o, tal vez, habría que decir, sobre todo, con un saber de sí, un saber de sí mismo, un saberlo todo de sí. Esta suerte de totalitarismo existencial es siempre, como afirma Derrida, “secreto revelado: Vas a asumirlo, vas a confesarlo, vas a decir lo que tenés en el vientre”³. Conminados a definirnos, a asumirnos, a transparentarnos, bajo el pretexto de un autoconocimiento es responder a prácticas de apropiación, a operaciones de captura trazadas de antemano, que buscan ubicarnos en tal o cual segmento y según tal o cual ordenamiento y jerarquización. Existir nunca es del orden de un qué. Existir, y no sin perturbación, llama a un dejar venir lo otro, la alteridad, lo no sabido.

Entonces, quizás, se vuelva urgente retomar aquello que anuda libertad, singularidad y psicoanálisis. Y, entonces, quizás, habría que repetir la provocadora expresión del psicoanalista argentino Marcelo Percia quien, ante la pregunta “¿Para qué psicoanalizarse? ¿Hay tanta necesidad de autoconocimiento?”, respondió:

El autoconocimiento se emparenta con el buceo interior, la sinceridad, la confesión. O con el descubrimiento de una verdad propia esencial. Desconocerse no significa ignorarse o negarse, sino dejarse sorprender ante potencias que buscan abrirse paso en una vida. [...] En ese sentido,

³ D’ailleurs Derrida: Un Film de Safaa Fathy, 1999.

el psicoanálisis es una experiencia de desconocimiento: desconocerse como práctica no excepcional del salirse de sí. (Percia, 2012)

Lo que liga lo inconsciente a la libertad y a la singularidad no es aquello capaz de darse a la transparencia de una identidad asumida como tal. Lo que liga lo inconsciente a la libertad y a la singularidad –ligadura que habría que preservar, guardar, cuidar– es la imprevisible llegada de lo otro, el secreto, lo no calculable; aquello que, persistentemente e insistentemente, se sustrae a toda representación, a toda calculabilidad, a toda apropiación. Devenir imperceptible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Deleuze, G., Parnet, C. (1980). *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos.
- (1988). *Diferencia y Repetición*. Madrid: Júcar Universidad
- & Guattari, F. (1988). *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-Textos.
- Derrida, J. & Roudinesco, E. (2005). *Y mañana qué...* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dio Bleichmar, E. (1998). *La sexualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad. Tomo I. Voluntad de saber*. España: Siglo XXI.
- Nancy, J.L. (2014). *¿Un Sujeto?*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.
- (2001). *El “hay” de la relación sexual*. Madrid: Síntesis. La primera versión de este texto fue una conferencia por invitación de la *École lacanienne de psychanalyse*, con motivo del 100 aniversario del nacimiento de Lacan en 2001.
- Percia, M. “El Psicoanálisis consuela con la idea de que tenemos una vida interesante”: Entrevista *Diario Clarín*, Suplemento Zona, 10 junio 2012, 4to. párrafo.
- Pessoa, F. (2011). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Seix Barral.